

**RAFAEL MARTÍNEZ**

Responsable de Extinción de Incendios Forestales del Consorcio  
de Bomberos de la provincia de Valencia

**JOSÉ ANDRÉS TORRENT BRAVO**

Profesor de la UPV de Valencia y Decano del Colegio de  
Ingenieros de Montes de la Comunidad Valenciana

**PEDRO MUELAS**

Director de *Levante. El Mercantil Valenciano*

Mesa redonda sobre  
**LA EXTINCIÓN DE LOS  
INCENDIOS FORESTALES**





EL DIRECTOR  
DE LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAIS

Se complace en invitarle a la Mesa Redonda que dentro del II Ciclo sobre "Los montes valencianos" se celebrará el próximo día 13 de febrero, a las 19:30 horas en el Centre Cultural de BANCAIXA (Plaza de Tetuán, 23),  
PONENTES:

D. RAFAEL MARTÍNEZ.- (Responsable de Extinción de Incendios Forestales del Consorcio de Bomberos de la provincia de Valencia).

D. JOSÉ ANDRÉS TORRENT BRAVO.- Profesor de la UPV de Valencia y Decano del Colegio de Ingenieros de Montes de la Comunidad Valenciana.

D. PEDRO MUELAS.- (Director de Levante. EL MERCANTIL VALENCIANO).

Sobre el tema: **"La extinción de los incendios forestales"**

Moderado por D. FRANCISCO CARDELLS i ROMERO.- Miembro de la Comisión de Medio Ambiente de la R.S.E.A.P.

Colabora: **BANCAIXA**

Valencia, Febrero 2001

JOSÉ A. TORRENT BRAVO  
Doctor Ingeniero de Montes  
Universidad Politécnica - EPS Gandía, Valencia

INCENDIOS FORESTALES.  
CARACTERÍSTICAS Y  
PROBLEMÁTICA



Publicaciones de la  
REAL SOCIEDAD ECONÓMICA  
DE AMIGOS DEL PAÍS  
Valencia, 2000

**L**os incendios forestales actualmente son la causa más importante de la destrucción del medio natural en la cuenca del Mediterráneo. Las estadísticas reflejan del orden de 50.000 incendios anuales en el circunmediterráneo, afectando a una superficie comprendida entre 700.000 y 1.000.000 de hectáreas.

La defensa contra los incendios forestales debe basarse en tres pilares básicos. En primer lugar la toma de conciencia, a todos los niveles, de la gravedad del problema y sus consecuencias. En segundo lugar se encuentra la necesaria dotación e incremento de las inversiones, trabajos y medios para la prevención (principalmente) y para la extinción. El tercer pilar a considerar es la adecuada y necesaria política global que actúe sobre el origen del problema de los incendios forestales.

En esta línea hay que tener muy claro y determinar cuáles son las causas de los incendios, que se dividen en causas inmediatas y causas estructurales.

Las causas inmediatas son las que originan el fuego en el monte con el uso del mismo. Dentro de ellas se encuentran las naturales (rayos y volcanes) que suponen del orden del 10 % del total de los incendios, variando el porcentaje según zonas. Las negligencias y accidentes, donde no existe la voluntad de quemar el monte, como pueden ser quemas agrícolas, ganaderas, excursionismo, etc., que suponen del orden del 60 % de los incendios, y por último los que tienen su origen en la intencionalidad, donde se quema el monte con el objetivo de producir el incendio forestal, alcanzan un alto grado de efectividad incendiaria y de daños, siendo el porcentaje de incendios debidos a esta causa del orden del 30 % del total.

Las causas estructurales son aquellas que favorecen el inicio y desarrollo de los incendios en el monte y que en el área circunmediterránea son numerosas y adversas en cuanto a la defensa del monte.

Dentro de las causas estructurales son las más importantes las siguientes:

1. Alta inflamabilidad de las especies mediterráneas, característica intrínseca de cada especie, téngase en cuenta que contra la creencia popular, especies como el pino y la encina tienen grados similares de inflamabilidad según investigaciones y experiencias realizadas por el INIA y otros institutos como el

INRA francés. Contra este factor difícilmente se puede actuar por ser una característica intrínseca de nuestra flora, siendo la sustitución masiva de especies de difícil realización y viabilidad, entre otras razones por escasez de especies no pirófitas y condicionantes ecológicos.

2. Alta combustibilidad de las masas forestales mediterráneas. Este concepto se refiere a la forma de propagarse el fuego por una determinada estructura de vegetación, independientemente de las especies que la compongan, incidiendo básicamente en la continuidad vertical y horizontal de los combustibles. La selvicultura preventiva es una eficaz y valiosa herramienta para disminuir este factor de riesgo.

3. La escasa estima que se tiene actualmente por los montes por los habitantes de las zonas rurales, debido a la inexistencia de un rendimiento económico directo del mismo y como consecuencia la no creación de puestos de trabajo, en sinergia con un desconocimiento rural y urbano de los grandes beneficios indirectos o externalidades de los montes, llevan como resultado la falta de inversiones y cuidado del monte e incluso a la desidia a la hora de afrontar el riesgo o la extinción de los incendios. Actualmente se da una valoración del monte en cuanto a su paisaje y naturalidad pero más romántica que real, y proviene de ciudadanos "urbanitas" alejados de la realidad física del mundo forestal y su entorno socioeconómico, propiciando en muchas ocasiones políticas de no actuación que favorecen el fenómeno del incendio forestal.

4. Climatología adversa, encontrándonos en un área donde existe una estación calurosa y seca (estío) precedida de meses lluviosos que hacen que aparezca gran cantidad de vegetación herbácea y brotes que al agostarse son iniciadores y propagadores de los incendios.

5. La estacionalidad del peligro, concentrado en las épocas estivales, hace dificultosa y cara la organización de un sistema de extinción en medios y personal que se encuentre operativa y estable para afrontar debidamente la extinción de, en ocasiones, numerosos incendios simultáneos concentrados en pocas semanas.

6. La dispersión del riesgo en extensos territorios es otra de las causas estructurales que inciden negativamente en la prevención y extinción, siendo necesarios grandes recursos humanos y materiales con los que normalmente no se cuenta.

7. Los conflictos en terrenos forestales que afectan a usos y restricciones provocados por directivas de la administración en terrenos de propiedad privada, son otra de las causas frecuentes y generalizadas de incendios forestales, afectando sobre todo al referente de la protección de espacios. Las políticas de protección de terrenos forestales deben tener como principal factor a considerar la propiedad de los terrenos a proteger y las restricciones de usos o expectativas que pueden generar las medidas proteccionistas. La solución más adecuada y definitiva es la adquisición (compra, expropiación...) de los terrenos a proteger, que pasarían a ser de propiedad pública, evitando la paradoja de que los territorios de mayor valor paisajístico, ecológico o medioambiental que se

protegen pasen a ser destruidos por incendios intencionados causados por conflictos de usos o derechos con la propiedad de los mismos.

8. Por último, la concentración de población en el monte en las épocas de máximo peligro de incendios (vacaciones de verano) es otra de las causas estructurales motivo de numerosos incendios. Su regulación, concienciación y vigilancia son indispensables para la lucha contra los incendios.

En cuanto a las motivaciones para el uso del fuego en el monte, como posible causa de incendios forestales se citan las quemas agrícolas y de pastos, conflictos con limitaciones de usos, sector turístico-recreativo, venganzas, vandalismo, fumadores, vertederos ilegales, incluso otras actividades delictivas como el contrabando y robo se han detectado como causas de incendios, es decir inciden en el fenómeno "incendio" una amplia gama de motivaciones que dan como resultado una problemática de gran complejidad.

El mercado de la madera y la recalificación de suelo son dos cajones de sastre a los que se les imputan muchos incendios. Las leyes actuales, las estadísticas e investigaciones y la realidad del fenómeno son tales, que pretender que éstas dos razones nombradas actualmente sean causa de inicio de incendios intencionados es absurdo y carente de toda lógica.

Los incendios forestales tienen una serie de características básicas como son su carácter permanente y generalizado, siendo estacionarios. Afectan a grandes superficies en terrenos de topografía difícil, suelo irregular y vegetación abundante. La profesionalidad de los equipos de extinción es muy diversa, dificultando su coordinación y mermando su eficacia, ya que se actúa de forma dispersa en una gran área de extinción, lo que exige una importante preparación física y psíquica del personal de extinción. Todo ello provoca situaciones de difícil coordinación desde los puestos responsables del mando, características que, junto a una mala o deficiente accesibilidad general a los montes y modelos de combustible existentes, que confieren una alta combustibilidad de las masas, se unen de forma sinérgica provocando situaciones de riesgo que dan como resultado extensas áreas arrasadas por el fuego.

Los efectos de los incendios forestales son múltiples y de gran intensidad e importancia. En primer lugar hay que señalar que provocan una destrucción de hábitats, destruyendo de manera casi total, en función de la intensidad de fuego, la vegetación existente, y parcialmente a la fauna, puesto que parte de ella huye del incendio. En todo caso provocan una importante regresión del ecosistema. Existe una alteración negativa del suelo, destruyéndose su materia orgánica, produciendo cambios físico-químicos, de estructura y en su acidez, siendo el efecto más perjudicial y agresivo sobre el suelo el constituido por los procesos erosivos que se producen después de los incendios, principalmente por la destrucción de la cubierta vegetal.

Se ocasionan pérdidas económicas directas (madera, corcho...) e indirectas, afectando negativamente a las externalidades, es decir, ciclo de agua, recarga de acuíferos, inundaciones, pérdida de paisaje y biodiversidad, suelo, etc., incidiendo en una pérdida acusada de los valores recreativos y de ocio.

Por último, señalemos los gastos directos que se producen en la extinción e indirectos en la restauración y daños diferidos.

Para la eficaz lucha contra los incendios hemos de partir del conocimiento del comportamiento del fuego. La extinción ha de basarse en la eliminación o debilitamiento de uno o varios de los lados del triángulo del fuego que forman el trinomio *calor-oxígeno-combustible*.

El calor se propaga por conducción, convección y radiación, siendo los dos últimos sistemas los que afectan principalmente al comportamiento del fuego en los incendios forestales. Al ser la madera mala conductora del calor, este factor es de menor importancia.

Los factores principales que influyen en la propagación del fuego son la humedad, el viento, la topografía y el combustible. Sobre los tres primeros factores no podemos actuar, por lo que es sobre el factor combustible sobre el que podremos tomar medidas, tanto en la prevención como en la extinción. Hemos de tener en cuenta que toda la vegetación es combustible, y en este parámetro va a influir negativa o positivamente el tamaño y tipo de los combustibles, su cantidad y su continuidad vertical y horizontal.

Cuando los cuatro factores reseñados se combinan a favor del fuego, es cuando aparecen las situaciones de máximo peligro de incendios.

La defensa de incendios forestales se basa en la prevención y en la extinción. La prevención persigue evitar en lo posible el inicio de incendios forestales y paralelamente crear las condiciones más adecuadas para que, si existe un incendio, la propagación del fuego sea lo más pequeña posible.

Las acciones en labores de prevención que es posible tomar, han de centrarse en dos líneas básicas, la primera es la de neutralizar a los agentes causantes, labor que puede realizarse mediante la concienciación, conciliación de intereses, vigilancia disuasoria y sanción de los causantes. No obstante, siempre existirá el incendio por causas humanas, accidentales o no, o por causas naturales (rayos), por lo que la prevención ha de desarrollar una segunda línea para cumplir el objetivo de crear condiciones para que la propagación del fuego sea mínima; esto sólo puede conseguirse actuando sobre la vegetación, modificando la combustibilidad de las masas forestales, bien sea mediante la modificación de la estructura vegetal o creación de áreas de baja combustibilidad o discontinuidad de combustibles. El diseño y toma de decisiones en este sentido debe estar profundamente estudiado y estructurado, debiéndose realizar por técnicos especialistas forestales y debe concretarse en un documento escrito que constituirá el "Plan de Prevención de Incendios" de cada lugar, comarca, provincia, para poder abordarlo en su integridad conociendo el alcance, objetivos y justificación de las labores a realizar, así como su coste económico.

La extinción persigue minimizar los daños de un fuego que ya existe. La primera fase, intermedia entre ésta y la prevención, es la de contar con un eficaz sistema de alerta que determine el peligro en el espacio y el tiempo, así como la posible evolución y comportamiento de un incendio. Se basa en la información meteorológica, cartográfica y modelos de combustible.

La detección tiene como objetivo avisar de la existencia de un incendio forestal con la máxima rapidez posible. Una vez detectado el incendio la siguiente fase de la extinción es el control del mismo, que consiste en fijar una línea perimetral al fuego que éste no debe sobrepasar. Esta línea y su realización es responsabilidad del jefe de la extinción del incendio, que debe ser un forestal competente de grado superior y ha de realizarse aprovechando todos los elementos favorables del medio que existan, como viales, cauces, roquedos, cultivos, etc., debiéndose completar con líneas húmedas y despeje de vegetación formando la línea perimetral deseada.

Una vez cubierta esta fase y controlado el incendio, se procede a su liquidación apagando el fuego.

La vigilancia posterior a la extinción es fundamental para evitar posibles reinicios del fuego, que en tantas ocasiones han causado importantes incendios por no atender debidamente esta fase de post-incendio.

Existen una serie de acciones complementarias de gran importancia como son la legislación, investigaciones, capacitación y estadísticas de los incendios acaecidos (causas, daños, actuaciones...).

Como ya se ha comentado, al unirse los tres elementos del triángulo del fuego, en proporción adecuada, se produce la combustión y el calor generado transmite el incendio. El objetivo de la extinción es romper o debilitar, directa o indirectamente, uno o más lados del triángulo del fuego, de esta manera los métodos de extinción se basarán en alcanzar este objetivo.

Se diferencian tres clases de fuego. Los de superficie, que son los más frecuentes y generalmente inicio de todos los demás, afectan a la vegetación que se encuentra en contacto con la superficie del terreno. Los fuegos de copa, que afectan a la parte aérea del estrato arbóreo, son los más rápidos, los más peligrosos y los más difíciles de extinguir. Por último existen los fuegos de subsuelo, quemándose la materia orgánica, turbas, raíces, etc., son difíciles de detectar ya que no emiten llamas ni humo y difíciles de extinguir, pudiendo tener largas duraciones de semanas; son poco frecuentes en nuestro territorio.

Las acciones en la extinción que pueden tomarse sobre el oxígeno, se basan en aislar el combustible del aire, mediante tierra, agua, acción de batefuegos... también puede desplazarse el aire del combustible mediante explosivos o acción de batefuegos o ramas. La disminución de la cantidad de oxígeno del aire puede conseguirse con acciones como la de aumentar el vapor de agua mediante pulverizaciones.

Sobre el calor se actúa enfriando la temperatura de los combustibles con la aplicación de agua.

Sobre los combustibles, que constituyen el elemento sobre el que podemos actuar de forma más adecuada y eficaz, se pueden realizar discontinuidades en la trayectoria del fuego, constituyendo lo que se denominan líneas de defensa. Se puede aumentar la humedad de los combustibles mojándolos, bien sea con medios aéreos o terrestres, y por último se pueden cubrir con productos químicos (p.e. espumas) para aislarlos del fuego.

Los métodos de combate, teniendo en cuenta todas las consideraciones anteriormente realizadas, se estructuran en tres fases, que son el ataque inicial, el establecimiento de la línea de control y la liquidación.

Existen dos métodos generales de combate, según la línea de control se establezca en el borde del incendio sobre las mismas llamas o se sitúe a cierta distancia del borde del incendio, desde la que se espera la llegada del fuego, denominándose respectivamente método *directo* y método *indirecto o paralelo* de combate.

El método directo se emplea en incendios incipientes, focos secundarios y bordes menos activos donde es posible que el personal de tierra acceda hasta las llamas sin sufrir quemaduras. El método indirecto o paralelo se utiliza en incendios de gran virulencia, gran peligrosidad, con situaciones de vegetación muy densa, topografía adversa, o en incendios de copas, extensos, muy rápidos, etc., es decir cuando el personal y los medios de extinción no pueden realizar un ataque directo sin poner en grave riesgo su integridad física y medios empleados.

Los métodos de combate directo e indirecto se aplican y emplean tanto para los medios terrestres como para los aéreos. Es frecuente observar cómo descargas de aviones a cierta distancia de las llamas, en un ataque indirecto creando líneas húmedas integrantes del perímetro de control del incendio, son interpretadas como fallos de "puntería" y derroche de agua y por lo tanto criticados por personas ajenas a las técnicas, leyes y métodos que técnicamente pueden emplearse y que se emplean, en la extinción, hasta el extremo de que llegan a ser motivo de quejas, acusaciones de torpeza e incluso de cobardía del personal especializado en la extinción y sus mandos.

PEDRO MUELAS

Director del periódico *Levante-El Mercantil Valenciano*,  
Editorial Prensa Valenciana, S.A., Valencia

LOS INCENDIOS FORESTALES  
DESDE LA REDACCIÓN  
DE UN PERIÓDICO



Publicaciones de la  
REAL SOCIEDAD ECONÓMICA  
DE AMIGOS DEL PAÍS  
Valencia, 2000

**Y**O no he apagado un fuego forestal en la vida. He estado siguiéndolos muy cerca, pero no he tirado nunca agua sobre ellos. Y si, encima, apagar fuegos en una redacción, es decir, quitarle importancia a una noticia, hablar mal de un periodista, es una mala señal, ya me dirán si no es para preguntarse qué hago yo aquí. En todo caso los periodistas nos dedicamos a activarlos en el sentido figurado, es decir, a seguir las noticias y darles el relieve que se merecen, aunque, eso sí, sin producir daños medioambientales. Malos periodistas seríamos si no abriéramos un frente informativo con la suficiente frecuencia.

Estoy hoy entre ustedes por dos razones fundamentales, que a su vez son un reconocimiento y un auto elogio. Estoy reconocido y agradecido a la Real Sociedad Económica de Amigos del País (RSEAP) como ciudadano y como director de periódico. Como ciudadano, porque siempre he valorado muy positivamente el trabajo de la “Económica” desde su fundación y por eso he recibido con alegría esta nueva etapa revitalizada que le lleva a vivir y a analizar intensamente los problemas que tienen sus conciudadanos, algo que inevitablemente le lleva a ocupar los mismos territorios y asuntos que un periódico como *Levante-EMV*. Como director estoy también agradecido porque hemos encontrado la colaboración de la “Económica” siempre que hemos llamado a sus puertas y creo que también podemos decir que a la inversa.

En segundo lugar quiero significar mi presencia aquí por el hecho de que el periódico que dirijo siempre ha sido un referente en la información medioambiental en la Comunidad Valenciana. Hace muchos años, siendo yo redactor jefe, la publicación hizo una apuesta clarísima por este tema que entonces ni estaba en la mente de los periódicos. En 1988 tuvimos la clarividencia de asignar esta materia a un redactor especializado que ha hecho, en todos estos años, que *Levante* sea un periódico de referencia en la información medioambiental; tanto para ciudadanos en general, técnicos, ecologistas, o ingenieros, siempre hemos procurado escribir sobre este asunto con un rigor especial y desde la especialización. Por ese motivo, desde 1988, hemos encabezado numerosas campañas informativas de defensa del medioambiente en Valencia, gracias, ya digo, a que la apuesta editorial nos lo permitía, por más que ello no reportara más que disgustos, y lo que es peor, la pérdida de ingresos por publicidad, tanto institucional como de las empresas del sector.

Si hay algún asunto medioambiental controvertido es el incendio forestal. Por eso agradezco que la Económica nos ofrezca la oportunidad de decir algo que trascienda el editorial del momento, el artículo de la semana o el reportaje del mes.

Lamentablemente en la Comunidad Valenciana tenemos una larga cultura informativa de los incendios forestales; al igual que tenemos una larga cultura social de catástrofes naturales relacionadas con la lluvia: trombas, riadas, inundaciones o granizos. La cultura de los incendios forestales, después de años y años de información, ha hecho que se produzca finalmente el fenómeno de que todos sentimos como propia la desgracia.

Igual me equivoco pero aquello de que cuando el bosque se quema algo suyo se quema, ha calado como lluvia fina con el paso del tiempo gracias a la acción de los medios de comunicación social.

Es curioso, pero no creo que ocurra igual con otro tipo de catástrofes. Porque cuando se inundan las orillas de los barrancos, las avenidas de los pueblos ribereños o los de la marjal, los lectores ciertamente pueden sentir la desgracia ajena como propia, transmitir sus sentimientos y ayudar a superar los amargos momentos a aquellos que padecen la tragedia, pero nunca, y no digo que sea más intensa o más sincera, como en el caso del fuego en el monte.

La diferencia estriba en que los montes, en que el monte, es propiedad sentimental del pueblo. Y no me pregunten por qué, porque si uno se pregunta eso puede que salte la frontera de esta charla y se acerque a la memoria colectiva, una memoria que no conoce fronteras. El monte está en nuestra infancia, las montañas representan la altura, tocan el horizonte, allí puede que hasta viva Dios, los héroes de nuestra infancia, el refugio del ser humano; los pinos filtran el aire que hincha nuestro espíritu y los sonidos del monte se cuelan por las rendijas de nuestro poros hasta rozar el corazón y quedarse pegados a las membranas de la memoria.

No me pregunten por qué, porque ya ven, me puedo salir por los cerros de Úbeda, pero el caso es que arden hectáreas de bosque, de matorral o de lo que sea, y la gente y los medios de comunicación no distinguimos entre si son propiedad de un señor, de varios o del estado, porque, como saben, eso es irrelevante.

Una fábrica de azulejos o de cartonajes arde y es el drama de un señor que se llama fulanito de tal y que los esfuerzos de toda su vida se ven enredados y ocultos entre el humo, cielo arriba por el efecto chimenea. Se inundan las casas de tal calle en tal pueblo y son, desgraciadamente, la casa de esa calle. Se arruinan las cosechas de naranjos o de viñedos y son los agricultores los que pierden. Pero si arde la montaña, si se consume su belleza, se pierde una riqueza que es de todos. Y en eso estriba el impacto que siempre generan las noticias de los incendios forestales, al margen de los daños en el sistema ecológico, irreparables o no, al margen de los daños en las propiedades, particulares o no.

De ahí que nunca sea reiterativa ni produzca rechazo su repetición entre los lectores, de ahí que se siga con especial intensidad las evoluciones de los siniestros, por poca variedad que haya sustancialmente en la información.

Los bosques, aunque realmente no lo sean, forman parte de la memoria de las gentes y no sólo son un organismo vivo que crece, que se enriquece, que tiene su propia vida animal y vegetal. Los bosques están en la retina de la memoria social y forman parte de nuestra conciencia, como digo, y como quiera que uno de los factores que más influyen entre los lectores es la proximidad, no hay duda de que esta es una información siempre de primer orden.

De ahí, ya digo, que sea una de las informaciones que más impacto genera, que más repudio genera y que con mayor intensidad se vive. Por más que los elementos informativos no puedan variar de uno a otro caso, el seguimiento de la catástrofe es intenso por parte de los lectores. Y también por parte de los propios medios de comunicación, que hemos visto cómo ha ido progresando el seguimiento informativo a lo largo de los años, aunque básicamente, como veremos más adelante, sigue siendo lo mismo.

## PODER POLÍTICO

Debido a ese sentimiento de propiedad colectiva y a esa hipersensibilidad social respecto del incendio forestal, el poder político ha ido aumentando sus medios a la hora de difundir y, por tanto, controlar los datos del suceso y a la hora de presentarse ante la opinión pública.

No están muy lejos las imágenes del presidente de la Generalitat Valenciana siguiendo, aparentemente compungido, las informaciones que le suministraba algún colaborador, a pie de llamas, mientras ardía la “Granadella” de Xàbia, mientras que a nadie se le olvidará la morrocotuda bronca que se montó en el peor verano del gobierno socialista –creo que en 1994– cuando estábamos ardiendo por los cuatro costados y Joan Lerma no supo transmitir con su imagen, la preocupación que se supone que tendría en aquellos amargos meses que han quedado en el recuerdo de todos.

Evidentemente, yo no voy a profundizar sobre la política forestal de unos ni de otros, pero es evidente que en el primer caso sí hubo una preocupación de transmitir interés, de proyectar una imagen de gobernante sensibilizado con el drama ecológico que en ese momento tenía acongojados a los valencianos y también desde luego hubo un gesto de oportunidad política.

El gobierno de Zaplana, nadie lo duda a estas alturas, está en general más volcado en transmitir una buena imagen que el de Lerma y lo demuestra cada día. Pero es que, al margen de consideraciones políticas, la batalla de los incendios forestales, y es a lo que me quería referir, no sólo se gana con camiones cisterna, bomberos, brigadas y aviones, sino también con los medios de comunicación. No sólo es cuestión de que ardan menos bosques cada año, sino también de que lo parezca. Y sólo lo parece, es decir, que arde menos que nunca, si se transmite a través de la prensa o los medios de comunicación en general. Con lo cual tenemos que cuando se abre un frente de llamas en un monte valenciano, se abre otro informativo en las esferas de la administración, que a

partir de entonces se empeñará en apagar el de retamas, enebros y pinos, por un lado, y el de periodistas, reporteros, cámaras de televisión y oposición, por el otro. Así es como está montado el tinglado en una sociedad moderna; mientras unos se lanzan a apagar el fuego por tierra mar y aire, otros se lanzan a controlar a los informadores.

Si al declararse un incendio se despliegan los medios necesarios para sofocarlo, también se preparan gabinetes de prensa y portavoces oficiales para controlar el incendio que se desata en las redacciones de periódicos, emisoras de radio y cadenas de televisión. A otro le correspondería, desde luego, explicar qué mecanismos tiene la administración para controlar nuestras llamas, me refiero a las de los periodistas, pero he de decirles que sus armas han ido incrementándose a lo largo de los años... para bien y para mal.

Para bien porque, ciertamente, cuando yo comencé en esto hace más de veinte años y me ocupaba además de los incendios forestales, había muy pocas posibilidades, primero de conocer cuanto antes la declaración del siniestro y, después, sus detalles. En la redacción no había un escáner de última tecnología que barría todas las frecuencias de policía, guardia civil, aviación, etc. Tampoco en Gobierno Civil se disponía de un periodista que diera los detalles ni de teléfonos móviles que nos permitieran conocer las informaciones en vivo de nuestros reporteros desplazados al frente del incendio, para así poder gestionar las páginas necesarias o medir el alcance de la noticia para reflejarlo en el periódico. Tampoco teníamos los medios de reproducción que en la actualidad, ni las cámaras tan maravillosas de hoy, ni la posibilidad de representación mediante gráficos de las características del incendio.

De modo que lo más normal a la hora de cubrir informativamente un incendio era, en primer lugar, asegurarse de su importancia, lo cual no les quiero decir a ustedes el esfuerzo de imaginación que nos suponía porque no siempre o casi nunca te encontrabas con un puesto de la guardia civil para que te diera una idea aproximada del asunto. En el retén de la policía local del pueblo más próximo habían cerrado a esas alturas sus puertas o no aparecía nadie, y la socorrida llamada al vecino o al conocido de la localidad no servía demasiado porque a lo máximo que se llegaba es a informarte de si se veía humo.

Ahora, el acceso a esas informaciones se ha sistematizado, se ha regulado y, por tanto, se controla mejor. El periodista accede con más facilidad y en muchas ocasiones obtiene mejor información del incendio desde su mesa que acudiendo a pie de incendio, porque como sabemos en las redacciones, allí te sueles enterar menos y peor, ya que la información de incendios plantea diversos frentes al igual que las propias llamas y si, encima, tiene connotaciones importantes, como el caso de "Les Platgetes" de Castellón, donde reside habitualmente los veranos el presidente el Gobierno, excuso decirles que ha de entrar en liza hasta la sección de política y la de sucesos.

Pues bien, en la medida que se puede centralizar la información, también se puede controlar. No voy a entrarles en detalle de cómo se regatean los datos a los periodistas desde los canales oficiales. Es una suerte, para que se hagan a

la idea, de noche de elecciones en la que va perdiendo el partido en el poder. Porque en la conciencia colectiva se ha instalado, no sé si justa o injustamente, el esquema de que cada incendio es un fracaso del poder político y de la administración, es culpa de la administración y no de los indeseables que han prendido fuego.

Eso hace que la administración actúe recelosa y nos ofrezca los datos con cuentagotas y en muchos casos interesadamente seccionados. Al periodista le corresponde entonces cubrir las deficiencias de esta información primera con otro tipo de fuentes de información y, ya digo, no sólo con la presencia *in situ*, desde la que es difícil hacerse una idea de las dimensiones del siniestro.

El poder controla mejor ahora el fuego de los medios de comunicación. En primer lugar, porque es muy sensible a la información que se deriva de este asunto y ejerce sus relaciones con la prensa; es decir, se sirve de las relaciones de dependencia que en muchos casos tienen los medios de comunicación con el poder político para que no se magnifique, para que se tenga en cuenta el daño que se pueda hacer, etc., etc. Y, en segundo lugar, controla la salida de datos hasta el milímetro. Los periodistas podemos afrontar cualquier incendio con la idea segura de que va a suponer un toreo constante por las fuentes oficiales de información que, entre otras trampas, retrasa la información hasta última hora, es cicatera a la hora de aceptar la evidencia, ponen contestadores automáticos como si fuera la información de la estaciones de esquí y sólo se admite una fuente, el Centro de Emergencias de l'Eliana.

Si a esto añadimos que en los últimos años a la administración ya no sólo le sirve decir que han sido pocas las hectáreas que han ardido, sino que además tiene que añadir que han ardido menos que en los tiempos del PSOE, el ruido informativo que se genera y las dificultades con las que nos encontramos son fáciles de imaginar.

#### ANTES Y DESPUÉS

Este tipo de tensión, de diálogo necesario, condiciona toda la política informativa de los departamentos que se encargan de la gestión silvícola. Ese tipo de tensión se da antes y después de los incendios y este periódico ha estado siempre vigilante atendiendo al dicho de que los incendios forestales se apagan en invierno. La política forestal siempre es objeto informativo pero como es lógico cala mucho menos entre la opinión pública, que sólo mira estos asuntos cuando le duelen las imágenes de las llamas devorando las copas de los pinos.

Si en pleno agosto, o en una racha de incendios forestales, repasáramos con la misma intensidad las informaciones que hablan de cómo se atienden los bosques valencianos, posiblemente la indignación o la satisfacción podría ser mayor, porque en esos momentos se está mucho más sensibilizado. Aunque

sólo fuera por eso las administraciones deberían cuidar mucho más su política de invierno.

Quizás no sería tan necesaria esta política de invierno si en la Comunidad Valenciana hubiera un diseño real del crecimiento urbano y turístico. Y en eso querría detenerme un momento. Considero absolutamente nocivo, peligrosamente nocivo, la falta de planificación del territorio. Es urgente denunciar la agresión sistemática y concienzuda –apoyada por poderes económicos, mediáticos y políticos– de la costa, tanto en el litoral y marjal como en las interiores con “vistas” al mar, mientras se debaten sin la suficiente energía los planes de ordenación de zonas características o ricas de la Comunidad Valenciana.

El crecimiento económico, gracias a la tolerancia política de quienes se benefician ahora o se pueden beneficiar en un futuro, se está disparando en este momento sin tener en cuenta el futuro, sin contar con una ordenación del territorio, convirtiéndolo en más dañino. Este crecimiento, no obstante, es un contrasentido porque se basa, precisamente, en el atractivo de la Comunidad Valenciana, algo que, como decía antes, irá perdiéndose. En definitiva, y valga la expresión, se está matando “la gallina de los huevos de oro”.

Por todo ello, habría que limitar de una forma consciente, voluntaria y razonable esta locura de enriquecimiento, esta carrera de Atila sobre los recursos naturales de la Comunidad Valenciana. Para ello sería necesario, en el caso de la valenciana es fundamental, ir hacia una racionalización de los recursos, extremar la optimización de los mismos, controlar el desarrollo con el fin de permitir que éste se produzca ordenadamente, sin atropellar cuestiones vitales para la riqueza natural, paisajística, biológica, etc., pero también en beneficio de los propios ciudadanos. Y eso es tan importante como lo primero. El desarrollo sostenible ha de buscar necesariamente el bien de los ciudadanos, su sensación de confort, hacer que se sientan de acuerdo y vean de forma agradable su entorno. De otra forma, se puede convertir el desarrollo sostenible en algo exquisito. El desarrollo sostenible también vale, por supuesto, para las ciudades, en ellas tiene el hombre su principal expresión de convivencia, de diálogo con su propia cultura, con su presente y su futuro. Por tanto, debe ser un aspecto a tener en cuenta.

Por otra parte, yo añadiría que los incendios también se apagan después. Me refiero a las labores de investigación sobre las causas. Cuando iban 177 incendios intencionados en el año pasado, en el mes de agosto, sólo se habían detenido dos pirómanos. ¿Y saben por qué? Por falta de medios. Se puede contrargumentar que es muy difícil, que quién le pone las puertas al campo; de hecho ya se las están poniendo las urbanizaciones y las fincas de explotación agrícola y ganaderas. Pueden decir que es muy difícil vigilar el campo y yo les diré que llevan razón, pero si no se hace más es porque no hay medios y no le den más vueltas.

Hace poco, mi periódico contaba que le habían rebajado a la Guardia Civil el gasto de gasoil al 50%. A partir de ahí creo que nadie me puede mover del sitio. Con la mitad de gasoil, sencillamente, se anda la mitad en el campo y si se

recorre menos territorio, menos territorio se vigila. Eso en cuanto a la investigación de campo y su guarda. Pero no hablemos de la investigación científica policial. O me conozco poco el cuerpo o no ha avanzado en nada y dispone de pocos medios. Y de la investigación científica para la prevención.

No soy un experto en el asunto pero si se está haciendo algo en este sentido o es muy poco, o no se sabe transmitir.

*Levante-EMV* le dio un premio importante al Servicio de Protección Natural, el Seprona de la Guardia Civil, por su tenacidad y su aportación a la defensa del medio natural. Pese a la discreción secular de este cuerpo armado pudimos saber de sus problemas y de sus carencias, pero algo nos consoló y fue conocer de primera mano que también en el Seprona se mantiene el mismo espíritu de cuerpo, la misma paciencia y meticulosidad. Así que el que no se consuela es porque no quiere.

Pues bien, hasta aquí todo lo que quería decir sobre el asunto. Muchas gracias.